

los dioses y elaboraba su teogonía ecléctica, resúmen, como su Imperio, de toda la antigüedad.

¿Cómo esta nación, tan tolerante, fué intolerante con Jesús hasta el extremo de condenarle á muerte? Indudablemente dependió tamaña inconsecuencia de dos causas generales: primera del pueblo judío, nunca sometido, siempre indócil á su yugo; y segunda de la tendencia política que se descubría en toda la obra de Jesús y del concepto materialista dado por los judíos carnales al mesianismo, especie de monarquía guerrera llamada providencialmente á destruir á Roma, ó sea, la nueva Babilonia. De consiguiente lo mismo el Salvador que el Bautista fueron tratados como rebeldes y perseguidos y exterminados por el poder romano á causa de sus tendencias políticas mas que de sus tendencias religiosas. Y como la perfidia se encontraba entre las cualidades mas sobresalientes de Roma, cual se encontraba la razón de Estado entre sus principios mas inflexibles, achacó á la intolerancia religiosa del Sumo Sacerdote judío lo que principalmente tocaba á la autoridad política del primer pretor romano y Pilatos pasó á la memoria humana y á las leyendas cristianas con muchas menos maldiciones que Caifás. Roma, que habia inmolado la persona de Cristo, estaba destinada en lo porvenir á organizar la doctrina de Cristo.

Y sin embargo ¡cuánto se resistió la Ciudad Eterna en su enérgica tenacidad á reconocer la virtud salvadora del Cristianismo como á dejar sus ricos altares y sus antiguos ídolos! Como aquel poder que sometiera el mundo; como aquella gloria que deslumbrara á los siglos; como aquel arte que reuniera á la armonía griega la sublimidad romana; como aquella jurisprudencia que regulara la familia y sus derechos; como toda aquella pasmosísima vida se ligaba con los dioses protectores, con su númen divino, imaginaba Roma que sostenerlos y conservarlos en el Capitolio equivalia verdaderamente á sostener y conservar su inmensa autoridad sobre la tierra. Si el paganismo romano cayera á los golpes de la filosofía, sobre todo en las conciencias y en los ánimos superiores, conservábase en los templos materiales, como seguro moral á su grandeza, aunque hubiese huido del verdadero y único templo de las religiones y de la divinidad, que es el invisible encerrado en los espacios del alma. Fué tanta la enemiga sañuda de Roma contra el

Cristianismo que Constantino, para preparar la nueva religion y conceder libertad á sus afiliados, necesitó fundar una nueva ciudad sin los antiguos dioses, sin las antiguas tradiciones, sin las antiguas glorias, surgiendo como astro desconocido en los cielos del Oriente europeo, como para huir del centro de la Europa pagana, y acercándose á las puertas del Asia, interrogar á la region misteriosísima de donde han brotado casi todas las creencias religiosas y donde han nacido todos los principales dioses de la historia. Pero, si Constantino pudo, fundando la imperial Bizancio, acelerar la victoria de la idea cristiana, en verdad no pudo impedir que la fuerte y poderosísima organización dada por los romanos á su autoridad y á su política, dejase de recoger y de organizar á su vez en prácticas instituciones el espíritu cristiano. En la sociedad no se pierden las grandes ideas, ni se malogran los esfuerzos superiores. Imposible que el Cristianismo prevaleciera, si no formara una síntesis, epílogo de la historia antigua y prólogo á la moderna historia. Y así tenia que recoger y recogió el espíritu religioso de los judíos, el espíritu teológico de los alejandrinos, el espíritu filosófico de los griegos, el espíritu político de los romanos. Jerusalen debia darle su Dios, Alejandría su Verbo, Atenas su ciencia, Roma su organización y su derecho.

Indudablemente, no podia existir en la tierra un poder tan grande como el poder romano, sin que el Cristianismo se amoldase á sus formas. Así como convirtió la Basílica, el lugar donde se administraba justicia, en el templo donde se ofrecian los holocaustos incruentos al Dios del Evangelio, convirtió tambien la política, la autoridad romana, su jerarquía, en el organismo de la idea cristiana, que, por la serie reinante en la historia, y por la evolucion sucesiva de los hechos, no puede pasar en cambios bruscos é improvisados, desde un punto á otro punto del tiempo. ¿Dónde iria el Cristianismo á buscar, en qué rincón de los espacios, una forma, que lo contuviera y que lo arraigara? Aunque se habia dividido el Imperio en dos porciones, la porción oriental y la porción occidental, ó sea, el Imperio de Bizancio y el Imperio de Roma, lo cierto es, lo indudable es, que uno y otro Imperio conservaban las mismas jerarquías y se organizaban de igual suerte. Así al Emperador correspondia el Pontífice como al prefecto y al pretor correspondia el Obispo, como al municipio correspondia la parroquia. El Cristianismo, cual todas las

ideas universales, habia pasado desde la edad evangélica que pudiéramos llamar la edad práctica, á la madurez de la política. En la primera edad, solo necesitó de los apóstoles, de los grandes predicadores, que sabian propagar la doctrina y morir por ella. Mas en la segunda edad, necesitaba un poder que organizase sus principios y que les diese el carácter político y legal necesario para dominar en el Estado, como dominaban por su virtud intrínseca en la sociedad. No hay que dudarlo, una es la edad de los redentores, y otra es la edad de los pontífices. Los redentores surgen en medio de la fe; hacen milagros increíbles con la palabra; dan á las piedras inertes el movimiento de los corazones exaltados; predicán las ideas mas sublimes; pugnan en las batallas mas titánicas del espíritu; se ofrecen á sus hermanos y á sus semejantes en holocausto; mueren por la salud de todos; y dejan inextinguible resplandor en el suelo y una religion establecida ya y fundada ya en la conciencia. Así los sabios pasan, y ellos quedan; las escuelas se arruinan, y sus templos flotan eternamente en el diluvio de nuestras lágrimas; las disputas escolásticas se desvanecen como el gárrulo rumor de las cañas mecidas por el aura y el murmullo de sus oraciones llena el cielo y la tierra; las grandes figuras de la ciencia quedan á guisa de penitentes solitarios, en la cima de los siglos, admiradas y queridas por una aristocracia de la humanidad, mientras las figuras de los redentores entran con sus aureolas místicas en las sienes dentro del hogar, presiden todos los goces y todos los dolores de la familia, mueven desde las cuerdas de la lira hasta el aleteo de la fantasía, bendicen el amor y acogen á los recién nacidos, respiran el suspiro último de los moribundos, entierran á los muertos, y mas allá del sepulcro abren los místicos horizontes de la inmortalidad á nuestras consoladoras esperanzas.

En realidad el espíritu humano produce estos sublimes mártires en momentos de lucidez excepcional, como produce el artista sus obras inmortales en momento de inspiracion sobrehumana. Ha habido, por ejemplo, en el Mahometismo grandes conquistadores, guerreros extraordinarios; pero solo un Mahoma; y ha habido en el Cristianismo grandes doctores, grandes Padres de la Iglesia; pero solo un Cristo. La doctrina de los Profetas nace con los ojos vueltos al cielo, circuida de la luz increada del espíritu; mas para vivir en la tierra, necesita un organismo práctico, destinado á mezclarse con

las realidades impuras de la vida. El Mahometismo, mas guerrero, necesitó organizar el califato, y el Cristianismo, mucho mas social, necesitó organizar el Pontificado. No duró tanto, no brilló tanto, no pudo tanto la ciudad de Roma, para quedarse luego, sin fuerza y sin poder, en un día, yerta sobre el espacio. Dada la autoridad que tuvo en el mundo antiguo, debia tener otra igual en el mundo moderno. Así como organizara en sistema práctico, diario, contínuo, la conquista de Alejandro, aquel sueño poético revestido con todos los colores de la leyenda y espaciado en las tierras misteriosas del Asia, organizó el Cristianismo, que era en su metafísica greco-oriental, y que debia ser en sus cánones y en su política, exclusivamente romano. Obra maravillosa en verdad la obra de los Pontífices, obra exigida por las necesidades de la civilizacion, obra impuesta por las leyes inevitables de la historia. El apostolado hubiera sido como una turba de tribunos, la doctrina cristiana como una metafísica de escuela, la Iglesia misma, como un sistema sin realidad y sin vida, si el Pontificado no hubiera venido á darle un pedestal en la tierra. La autoridad de Roma, la fuerza de Roma, el prestigio de Roma, la tradicion de Roma, debian reflejarse en su Obispo, y el Obispo debia erigirse, por solo estar en Roma, á la altura de cabeza visible de la Iglesia y jefe nato de los demás Obispos y Pontífice de la nueva creencia, en una palabra, Papa. Así el mundo se transformaba lentamente y la evolucion histórica se cumplia como se cumplen todas, por medio de gradaciones insensibles y de series lógicamente sistematizadas.

El Pontificado, humilde en sus comienzos, logró, al cabo, dos cosas capitalísimas para la historia futura: heredar, si no material, moralmente, al Imperio; y someter moral y materialmente á los bárbaros. En las irrupciones solo el Pontificado hubiera podido contener la cólera de los vencedores; en las catástrofes solo el Pontificado hubiera podido salvar las pavesas de la cultura antigua; en el feudalismo solo el Pontificado hubiera podido guardar la llama de lo ideal; en la anarquía militar de la Edad media solo el Pontificado representaba la fuerza del espíritu; en el aislamiento de los pueblos solo el Pontificado concebía las nociones de derecho internacional y solo él daba algunas veces la paz de Dios y movía las Cruzadas para que Europa se renovase en el seno de Asia y la democracia apareciese por haberse confundido

todas las clases en unos mismos campamentos y haberse elevado todas las almas á unas mismas creencias. Lo que hubo fué, que el Pontificado, en su aspecto político, en su aspecto histórico, es una institucion esencialmente de Edad media; y por eso brilla con tan extraordinario resplandor desde el siglo quinto en que la Edad media empieza hasta el siglo décimosexto en que concluye la Edad media. Cambiadas las ideas con el cambio de las generaciones vino, al comenzar la Edad moderna, un espíritu de manifiesta hostilidad al Pontificado, sobre todo, en los pueblos del Norte. Y este espíritu suscitó la revolucion religiosa. Ahora bien, ¿esta revolucion tuvo precedentes históricos? ¿Apareció súbita ó lentamente? ¿Pudo evitarse con una gran reforma? ¿Pudo contenerse con el espíritu de los últimos Concilios del siglo décimoquinto? Cuando estalló ¿estaba justificada? ¿Cuáles fueron sus principales determinaciones? ¿Qué grandes hombres la representaron? ¿Hubo tras de esta revolucion sus reacciones? ¿Quiénes fueron los representantes de esas reacciones? ¿Qué ideas, qué leyes, qué instituciones ha dejado la revolucion religiosa? ¿Qué consecuencias ha tenido en la historia? A todas estas preguntas contestaremos en el curso de nuestra obra.

FIN DEL PRÓLOGO

CAPÍTULO PRIMERO

FORMACION Y DESARROLLO DEL DOGMA CATÓLICO

Nos proponemos historiar y considerar la revolucion religiosa que, á principios del siglo décimosexto, renovó la fe y la doctrina de grandes pueblos; asoció Iglesias con pretensiones á restaurar el Evangelio y á resucitar un nuevo Cristo en la conciencia y en la vida; llegó á cambiar el sentido social de toda Europa y á establecer en las razas á ella mas repulsivas, en las razas de origen romano, instituciones, á cuya sombra vivimos, y con cuya libertad nos envanecemos. Como todas las revoluciones tienen dos impulsos, los cuales suscitan dos movimientos, uno de accion y otro de reaccion, comprendemos y abrazamos dentro de esta historia, no solamente las ideas y los hechos de aquellos que hácia adelante se movieron, y por consecuencia reformaron los dogmas y los cánones antiguos, sino tambien las ideas y los hechos de aquellos que combatieron la reforma y trataron de exagerar los dogmas y los cánones amenazados, á fin de que, en lucha tan porfiada, correspondiese al empuje la resistencia. Este gran período, presentido por la invasion democrática de las órdenes mendicantes á fines del siglo décimotercio, empieza verdaderamente con el concilio de Constanza y concluye con el concilio de Trento. Si toda idea trascendental encierra una serie de ideas, todo hecho capitalísimo encierra una serie de hechos. Y la revolucion religiosa no se contiene dentro del período en que sucede, antes se extiende y dilata, con mas vigor que en sus comienzos, á nuestro mismo tiempo. Como existen Iglesias que recogieron sus ideas y en sus corrientes se bañaron, existen pueblos que

TOMO I

1709402
COR